

Paul Parin y Goldy Parin-Matthèy

La obligatoriamente infeliz relación de los psicoanalistas para con el poder

En dos aspectos son infelices los psicoanalistas: cuando llegan a la situación de ejercer ellos mismos el poder o cuando entran en conflicto sea con el poder, con instituciones poderosas o con algún tipo de ansia de poder. Hablamos únicamente de psicoanalistas, que como tales se han apropiado de la armadura del psicoanálisis freudiano y que lo practican como profesión y donde su trabajo es comprender el inconsciente de aquellos a quienes analizan. Esto sin embargo no significa que estemos hablando de una situación construida. Nos estamos refiriendo de hecho a personas reales. Aquí estamos resumiendo experiencias, en primer lugar la experiencia propia de treinta y cuatro años de actividad psicoanalítica y además las experiencias con colegas en su trabajo y en instituciones. No obstante de ninguna manera pretendemos que todas las personas a quienes se les planteara el problema a ser descrito lo hubiesen manejado de igual forma, más bien nos parece que la mayoría no llegaron a resolverlo bien, de manera que soluciones más convenientes se presentaron casi que como excepciones.

La pregunta, de porqué uno debe tener exigencias especiales respecto a la relación de los psicoanalistas hacia el poder y que ésta no se pueda considerar y juzgar como se da en cualquier ciudadano, es consecuencia de un requisito básico del psicoanálisis. Cualquiera que lo practique debe conocer sus propios apetitos de poder, la necesidad narcisista de ejercer poder sobre otros y sus propias pretensiones todopoderosas del inconsciente, debe percibir estas en las personas que analiza y sobre todo reconocer cuando por transferencia hacia su persona, se presenta la tentación de ejercer un poder agresivo así como satisfactorio y narcisista sobre el analizando. Por encima de ello él debe ser capaz de reconocer claramente dichas pretensiones de poder, a menudo

ocultas, a las cuales todos los analizandos del medio fueron expuestos en su niñez y a las cuales la mayor parte de ellos continúa siendo expuesta, sin que todos ellos puedan percibirlas por sí mismos. En qué extensión cumplen los analistas en su práctica con estos requisitos que se sobreentienden, conforma en parte su competencia profesional. El problema se convierte en escándalo cuando los

psicoanalistas en sus asociaciones y en sus instituciones didácticas ejercen ellos mismos su poder a ciegas o cuando ellos como individuos y en sus corporaciones se encuentran tan desvalidos a merced del poder como alguien que confronta al mismo totalmente desarmado.

En los análisis existe la gran tentación del ejercicio ciego del poder en el marco de la llamada contratransferencia positiva. El deseo de liberar al analizando de sus torturantes síntomas, de normalizar una perturbada relación con personas de influencia, con su mundo laboral y profesional, podrían contribuir en el analista a sobornar a su super-yo y a “skotomizar” sus ansias de poder incluyendo su deseo omnipotente de curar todo. Él entonces no alcanzará mayor rendimiento que aquel de los padres que “siempre han querido lo mejor” corriendo el peligro de entorpecer el proceso analítico, con miras a alcanzar una adaptación a las expectativas propias, incluyendo la adaptación social.

A pesar de que frecuentemente se toma este camino equivocado del análisis, no obstante puede a menudo ser reconocido y corregido, sin embargo esto es más difícil en el caso de los análisis didáctico. Para todos aquellos analistas que asumen tal tarea, debe tenerse como premisa dos muy importantes requisitos ideales: la alta estima del psicoanálisis como ciencia y en conexión con ello, el sentimiento de responsabilidad para con los potenciales analizados de sus analizados durante la enseñanza. Dichos analistas didactas semejan aquellos abuelos que logran transmitir sus valores tradicionales implantándolos como yo ideal, tanto más irrefutables que sus padres, cuanto los mismos no se llegan a imponer, sino que más bien parecieran provenir de legados que los transmiten por “intereses superiores”.

En algunos analistas individuales podría ser que lleguen a reconocer este abuso de poder bien intencionado, incluida la necesidad de compensar los propios errores narcisistas a través de la identificación con quien aprende. Esto se complica en el marco de institutos educativos, sea que los mismos estén directamente dirigidos por las asociaciones psicoanalíticas o tan sólo reconocidos por las mismas. Los institutos están organizados ya sea según el ejemplo de una academia clásica, en la cual sus miembros se eligen por afinidad o como en un establecimiento de enseñanza académica con su sistema de pruebas y exámenes - o en la mayoría de los casos según un modelo en el que se mezclan ambas formas organizativas. Aquí actúa el “alto” ideal del psicoanálisis exactamente como Freud lo describió en *Psicología de masas y análisis del yo*: como un ideal común del yo, que reemplaza las uniones individuales y en vez de ello fomenta una relación íntima identificatoria entre los participantes del grupo institucionalizado (que Freud en ese entonces denominó como “masa”).

Para los participantes activos en la

33

educación -y consecuentemente también para los pasivos- dichas identificaciones son extraordinariamente satisfactorias, al punto de ser casi imprescindibles. Frente a la soledad y el secesionismo que traen consigo la profesión del analista, se contraponen un sentimiento de pertenencia y un sentimiento de identidad profesional que se fomenta, el cual aquí es aún más obligado que en otras profesiones en las cuales no se exige tal entrega emocional como precisamente en el psicoanálisis. En el servicio de este ideal común a la mayoría de los analistas no les parece que fuera posible reconocer y rechazar sus propias fantasías de poder por encima de la vida y el actuar de los analistas aprendices. Como prueba de cuán omnipresente es este fenómeno dentro de los institutos educativos se podría aducir que en el renombrado Instituto Chicago, el abuso de poder más crudo y legitimado por estatutos, fue eliminado apenas en 1972: El analista tenía que manifestarse frente al consejo didáctico acerca de la aptitud profesional de “su candidato”. También podría uno acordarse que aún hoy en día se espera del consejo de analistas didácticos que descubran durante la formación a analizandos con conducta manifiestamente homosexual para excluirlos de la graduación. Más impresionantes son otras características del comportamiento establecido y reglamentado de las instituciones educativas. En todas partes se toman las decisiones del Curriculum por gremios (p.ej. consejo lectivo) que mantienen estricto secreto frente a la persona afectada y cuyos miembros se comprometen a mantener discreción, no ante terceros, pero sí ante el enjuiciado! La fuerza con la que estos grupos no pueden prescindir del consenso solidario mediante la identificación con un ideal colectivo es consecuencia además de la tendencia a formar fracciones hostiles a raíz de diferencias entre ellos en cuanto a conceptos teóricos o clínicos (no muy diferente a un partido político organizado totalitariamente o centralista). Así aparecen chivos expiatorios que se contraponen a los objetivos en su entorno profesional y traidores dentro del grupo contra los cuales se deben tener reservas morales -de nuevo por fuentes oscuras, que no se pueden dar a conocer por motivos de discreción -.

Los institutos educativos de psicoanálisis representan para candidatos críticos a recibir una formación -siempre y cuando estos no hayan igualado su ideal personal del yo a aquel del grupo- así como para quienes están por fuera (o excluidos) de instituciones cuestionables que no se comparan ni siquiera con las sectas o los partidos políticos autoritarios (en su papel de ejercicio silencioso del poder sobre sus miembros). De la experiencia en el Seminario Psicoanalítico de Zurich (en la calle Tellstraße) que desde 1977 no es más reconocido por la Sociedad Suiza para el Psicoanálisis y el cual no puede

extender ni condición de membresía, ni carnets de capacidad, podríamos agregar que allí el abuso del poder descrito, mayormente poder ejercido inconscientemente sobre el futuro profesional de los analizandos, en los análisis durante los estudios, tampoco ha quedado por fuera, no obstante la “skotomización” individual del poder en los analistas es una corrección desigualmente mejor accesible.

Los psicoanalistas son intelectuales críticos. Según Jean-Paul Sartre los intelectuales tienen una “consciencia obligatoriamente infeliz”. Por su

34

conocimiento tienen la vocación de críticos de las relaciones imperantes, de las relaciones de dominio o de mando. Precisamente por este conocimiento participan en la posesión de un privilegio que comparten con los dominadores, con los poseedores. Los psicoanalistas son intelectuales. Pero lo son en una situación particular, especial. En su trabajo diario profundamente comprometidos emocionalmente, se ponen del lado de los deseos pulsionales y reprimidos. Ellos deben y quieren arremeter contra las ulteriores consecuencias de anteriores represiones, así como contra los mecanismos de defensa que automáticamente se dan a raíz de frustraciones y amenazas en sus analizandos. En vista de que todas aquellas fuerzas que han conducido a la cohibición y deformación de la vida espiritual individual, son expresión y efecto de la represión de la sociedad y origen del malestar general en la cultura, los psicoanalistas practican una profesión que los lleva a la posición de críticos inexorables de su sociedad, a la cual ellos al igual que sus analizandos pertenecen. Ellos son subversivos secretos. Ellos atacan las relaciones de poder de la sociedad, a la cual ellos pertenecen como seres privilegiados. Su actividad está protegida o mejor aún camuflada por el hecho de la discreción, a la que tiene derecho cada analizando, oculta ante los ojos del público, de los conciudadanos y de las autoridades, el diario trabajo subversivo de enardecimiento.

En Argentina se ha mostrado en los últimos nueve años cómo en un horrendo experimento que un gobierno totalitario conoce el contenido crítico del psicoanálisis. Con la toma de poder de la junta militar bajo el General Videla los analistas argentinos fueron obligados a renunciar a cualquier pretensión de crítica social y a la incondicional adaptación a la dictadura inhumana. Una parte de los analistas, algunos siendo miembros de la Sociedad Psicoanalista (miembros de la I.P.A.), se subordinaron bajo protesta. Por ejemplo miembros perseguidos por el régimen fueron eliminados de la lista de miembros y posteriormente nuevamente aceptados tan pronto como dejaron de ser

malqueridos. Los demás psicoanalistas, así como psicólogos y psiquiatras con orientación psicoanalítica, fueron perseguidos como subversivos peligrosos e incitados a la emigración; más de cien fueron apresados y asesinados.

Los psicoanalistas están en contradicción con su ubicación de clase. Casi sin excepción pertenecen a los estratos burgueses, además comparten sus ideales tradicionales. Su ideal de grupo es casi idéntico con la escala de valores humanista de los estratos burgueses de las naciones industrializadas occidentales de finales del siglo 19 y de la primera mitad del siglo 20. Debido a su conocimiento sobre el poder, sobre fantasías sobre el poder y el ejercicio oculto del poder a través de transmisión que escapa a la consciencia, tienen los psicoanalistas no sólo una consciencia obligatoriamente infeliz, según la concepción sartriana (de Sartre), además se encuentran frente a la tarea o de arreglárselas permanentemente con esta situación discordante o evadirse de ella mediante la negación y la represión con efecto en la personalidad.

¿Cuál es entonces la situación de aquel grupo que por su profesión está condenado al apartismo, al cual no le une y le soporta nada más que un ideal

35

común: el psicoanálisis? Un grupo de “outsider”, sin poder verdadero, ya que no sólo depende de la legislación estatal, sea del derecho acerca de cómo tratar enfermos, sino que también es extremadamente vulnerable por la pérdida de prestigio y de reconocimiento público. Si los analistas llegan a “perder la confianza”, en el sentido tradicional de la relación médico-paciente, pierden a sus clientes y su seguridad financiera. Son más fácilmente discriminables. Desvalidos expuestos a la aflicción narcisista: como enemigos de la sociedad, como críticos subversivos sin miramientos, se sienten en su identidad burguesa amenazados como miembros útiles “con supremacía” de una sociedad, apenas se les sorprende en su actividad profesional y científica. Por un lado extremadamente subversivo revolucionario, por el otro lado, como terapeuta de confianza, extremadamente adaptado, disimuladamente asimilado a las relaciones de poder existentes, llevan una existencia obligatoriamente infeliz o cuando menos difícil.

No asombra que muchos analistas en grupos constituidos en instituciones, o más aún como personas individuales, ante ataques o incluso ante apenas amenazas de ataque contra el poder, se comporten sobreadaptados, sumisos y profundamente reaccionarios. Ellos desarrollan aquello que se describe como “mentalidad de emigrante”: sobreidentificación con los valores, las normas y reglas de una

cultura extraña y poderosa, a la merced de la que uno se encuentra como grupo desvalido, desprovisto de derechos, extraño y contradictorio.

Cuando en 1933 el nacionalsocialismo excluyó a los judíos de su participación en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, les pareció a numerosos analistas correcto adecuarse a este inhumano poder para conservar o proteger al “psicoanálisis”, ya no en su pretensión fundamental crítica, sino más bien como un ideal común unificador. Ya apenas leves amenazas, como el caso de amenazantes crisis económicas y el correspondiente atirantamiento de aparatos estatales legalmente operantes y represivos del individuo, desencadenan movimientos análogos de adaptación. El grupo de los psicoanalistas intenta deshacerse totalmente del potencial de crítica social, difícil de desmentir de su conocimiento y su quehacer. De esta postura se da la ilusión de que los psicoanalistas podrían desarrollar una esperanza a la tolerancia, de la traición al conocimiento que los facultaría como un notable grupo de resistencia contra el ejercicio abierto y disimulado de la dominación violenta. Precisamente este conocimiento sobre el origen del poder y su efecto en las instituciones, comenzando por la familia hasta el inconsciente del dominado, se abandona sin luchar. Aquello que sería el arma verdadera y efectiva de los analistas contra la presunción del poder, su capacidad de hacer patente la “producción de inconsciencia de parte de la sociedad” (Erdheim), para que fuera menos efectiva, se abandona. Con ello no se salva más que la ilusión por ahora de haberse protegido a sí mismo y a algunos pocos discípulos y pacientes. El precio por ello es demasiado alto. Los psicoanalistas han abandonado con ello su capacidad y posibilidad de arremeter contra el obrar secreto del poder y la represión abierta del ser humano.